



LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA.

LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

Directora propietaria, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

Una página de la historia de Asturias.—A Bilbao; poesía —
Magdalena.—A Sevilla; soneto.—Explicación del águila.—
Máximas y pensamientos.—Advertencia.

UNA PÁGINA

DE

LA HISTORIA DE ASTURIAS.

POR NICOLÁS CASTOR DE CAUNEDO.

(Conclusion.)

III.

Tiempo es, el caballero,
Tiempo es de andar de aquí.

Vergüenza he de mis doncellas
Las que me dan de vestir;
Miranse unas á otras,
No hacen sino reír.

Maldita sea la doncella
Que se deja seducir.

(Romance; deslices de amor.)

Escasos momentos se detuvo por entonces en
Aller el Emperador de España. Su venida á

Asturias solo tenía por objeto dar cima por sí mismo á la porfiada guerra que aún sostenía el soberbio Gonzalo Pelaez desde su formidable castillo de Proaza, y tal vez la política idea de conquistar las fuertes espadas de los hijos de Pedro Diaz, habían influido en su ánimo más que el escaso amor que conservara á Gontroda. Las huestes reales que cercaban á Proaza eran diezmadas de continuo; la sangre corría á torrentes, y lejos de entibiarse, el furor de los combatientes crecía más y más. Cada nuevo día venía á alumbrar nuevas peleas, en que si bien se ostentaba el más esforzado valor, digno de los tiempos de Augusto y de Pelayo, se dejaba ver sin rebozo todo el horror de las discordias civiles. El que comandaba á los sitiadores, era el conde D. Pedro Alfonso de Cangas, que castigaba con desusada crueldad á los parciales del de Pelaez que tenían la desgracia de caer en su poder, mandándoles cortar pies y manos y afeándoles, como dicen las crónicas antiguas, con otras heridas. El Emperador, con el ardor de la juventud y el valor que con la sangre le transmitieran sus gloriosos progenitores, corrió á Proaza acompañado de todos los hijos del conde Pedro Diaz, ansiosos de mostrar con su esfuerzo la gratitud por haber alcanzado

su libertad y la de su buen padre. El impetuoso Alfonso VII no encomendó á ningún heraldo la intimación que de rendirse quería hacer al D. Gonzalo. Acercóse solo al foso de la fortaleza, y con robusta voz dirigió palabras de paz y conciliación á los obcecados rebeldes. Dejose ver en las almenas el mismo Gonzalo Pelaez, y le contestó insolentemente con injurias y baldones. Sus soldados le aplaudieron con ruidosas aclamaciones, y disparando á la vez osadamente sus ballestas lanzaron una nube de saetas sobre el Emperador que cayó mal herido y sin conocimiento bajo su caballo muerto. Sin volver Alfonso del desmayo que le ocasionara el golpe, fué depositado en una litera que escoltada por Pedro Perez y su hermano Nuño Perez de Quiñones, fué dirigida á Aller al castillo de Pelugano, que á la sazón habitaba ya el conde D. Pedro Diaz con sus bellas hijas. Los cuidados más esquisitos se emplearon desde luego para cerrar las heridas del joven y animoso monarca; mas la que sus ojos causáran en el corazón de Gontroda se ahondaba más y más. La incauta doncella cedía sin resistencia á la dulce fascinación que le causaban las ardientes miradas de su amante, que prodigándola mil y mil muestras de ternura, al parecer sincera, la prometía sentarla como su esposa en el trono de Castilla.—«Si, amada mia,—la decía,—tú serás la más bella de las reinas de la cristiandad. Eres de alcurnia real y aun somos algo parientes. Nuestro matrimonio será mirado con complacencia por todos mis ricos homes. Más orgullo tendré yo con el título de esposo tuyo, que con el de Emperador de España.»

—No, Alfonso mio,—respondía Gontroda,—no ambiciono el poder ni las riquezas; no sueño con más dominio que el de tu corazón; más quisiera ver en tu cabeza el simple yelmo de los caballeros, que la rica y deslumbradora corona imperial... No sé por qué,—añadía la hermosa joven con los ojos preñados de lágrimas,—tengo negros presentimientos para el porvenir. Mi corazón me anuncia no hemos de alcanzar la dicha.

—Nada temas, amada mia, yo no soy Emperador ni Rey, soy no más que tu siervo, tu más rendido vasallo. Cuantos obstáculos pudieran nacer contra nuestra unión, serán deshechos por mi robusto brazo...

Así corrieron muchos y muchos días, que fueron, sin duda, los más bellos de la vida de Gontroda. Alfonso, olvidado del cerco de Proaza, que continuaba aún, de sus Estados, y de su propia dignidad, vivía adormecido con las caricias de su bella amante cual otro Eneas en la ciudad de Dido, ó cual Tancredo en los jardines de Armida. Por fin, cierta noche, llegó á Pelugano un mensajero que venía desde

los lejanos lindes de Andalucía, con alarmantes avisos. Los moros, con formidable ejército, invadieron y asolaron las ricas comarcas últimamente conquistadas, y amenazaban caer sobre el reino de Toledo. Alfonso VII recordó entonces era Rey y era guerrero, y despertando de su punible sueño, hubo de apartarse de aquel encantado castillo, y correr en defensa de la patria. A la infeliz Gontroda fué tanto más penosa la partida del Emperador, cuanto llevaba ya en su seno la prenda de su loca é imprudente pasión. Alfonso juró una y mil veces dar su nombre al hijo que debía nacer, siendo esposo de la madre, y al rayar el alba entre lágrimas, suspiros y sollozos, se arrancó de los brazos de la seducida joven, y seguido de los hermanos de esta, y de algunos otros guerreros, abandonó el valle de Aller, y perdió bien pronto de vista el alto y pardo torreón que descollaba entre las otras fábricas que formaban el castillo de Pelugano y donde un lienzo blanco que se agitaba en señal de despedida, le recordaba que allí quedaba la desdichada Gontroda.

IV.

¡Ay de mi triste cuitada
Que ya he perdido á mi amado!
¡Ay fortuna desdichada
Qué muy de mal me has tratado!
(Romance de Floriceo.)

Han corrido algunos años. El conde Gonzalo Pelaez, despues de prolongar porfiada y tenazmente su resistencia, hubo de someter el castillo de Proaza y todos los demás que poseía, á Pedro Alfonso de Cangas, y desterrado á Portugal murió allí, lejos de su patria, dejando encargado á los pocos amigos y deudos que no le abandonáran en la desgracia, condujesen su cadáver al monasterio de San Vicente de Oviedo, como se verificó. También muriera en Pelugano el conde D. Pedro Diaz, sin llegar á saber la desgracia de Gontroda. Esta, que había dado á luz una hermosísima niña, á la que impusiera por nombre Urraca, conoció bien presto, que había sido pérfidamente engañada, pues no volvió á tener noticias directas de Alfonso VII y no tardó en llegar á sus oídos su matrimonio con doña Berenguela, hija del conde de Barcelona. La desventurada joven, por un insensato orgullo de madre, educaba públicamente á la tierna Urraca, y sus inocentes besos mitigaban el dolor de su abandono. Recibió la terrible nueva del casamiento de su real amante con resignación cristiana, aceptándola como justa pena por su momentáneo extravío. Sin embargo, dos gruesas lágrimas rodaron por sus pálidas mejillas y sus labios pronunciaron esta sola palabra: «¡ingrato!»

Desde aquel momento, Gontroda se desprendió de todo afecto terrenal y se dirigió al cielo, en busca de consuelo y del perdón de sus culpas. Entre otros propósitos devotos, resolvió fundar un monasterio en donde pasara el resto de sus días ocupándose en la oración y la penitencia: mas antes de realizarlo, siguiendo una costumbre muy generalizada á la sazón, quiso ir en peregrinación á Roma. Munia y Sancha intentaron disuadirla, mas Gontroda no desistió y ambas se decidieron á acompañarla en aquella lejana romería.

Confío, pues, Gontroda su hija á su antigua aya Aldonza, y vistiendo con sus hermanas la burda túnica de los romeros, y empuñando con sus delicadas manos un tosco bordon, partieron á su largo y trabajoso viaje.

Después de muchos meses y de penalidades sin cuento, descubrieron cierto día las torres de la invicta ciudad de Leon. Antes de tomar ningún reposo, visitaron las devotas viandantes la veneranda basilica de San Isidoro, donde oraron fervorosamente y depositaron como ofrenda en manos del abad Menendo, los báculos y esclavinas que atestiguaban su peregrinación. Al abandonar el sagrado recinto las tres bellas hermanas, hubieron de detenerse algun tanto, pues multitud de hombres que llenaban el aire con victores y gritos de alegría, les cerraba el paso. Redoblados sonos de música guerrera anunciaban gran solemnidad ó la presencia de enaltecido príncipe. Era, en efecto, el gran Emperador Alfonso VII, que en compañía de la hermosa Berenguela y seguido de sus más celebrados paladines, se dirigía al templo á rendir á Dios el tributo de gratitud por sus continuadas victorias. La desdichada Gontroda tuvo apenas tiempo para ocultarse tras sus hermanas, á fin de que su ingrato amante, radiante en aquel momento de alegría y de ventura, no mirara su pálido rostro cubierto de lágrimas.....

V.

«Si habeis de tomar amores
Por otro á mí no deis.
—No me lo mandeis, Señor,
Señor, no me lo mandeis,
Que antes que aquesto yo hiciere,
Señor, monja me vereis.»

(La esposa del. Romancero general.)

En la risueña vega de Oviedo, y á pocos pasos de la vieja iglesia de San Julian de los Prados, se alzaba como por encanto un bello monasterio bizantino, dedicado á Santa María. Cien y cien obreros trabajaban con inusitado ardor día y noche á la presencia del obispo D. Martin, á quien el fundador confiara la ejecución del piadoso pensamiento; pero el

nombre de este era un misterio. Decíase que el nuevo cenobio sería ricamente dotado de esclavos, heredades y ganaderías, que tendria por habitadoras religiosas benedictinas venidas del de *Fons-Ebraldi* en Francia, famoso por su rígida observancia (1), mas nadie designaba al piadoso príncipe, prelado ó prócer, que levantaba aquella suntuosa fábrica como tributo de devoción ó como satisfaccion de oculto pecado. Llegó, por fin, un día en que la muchedumbre del pueblo de Oviedo se agrupaba á la entrada de Santa María de la Vega, para asistir á la solemne dedicación del templo é instalacion de la comunidad, que debía ser en él vivo ejemplo de virtudes cristianas. Terminado el oficio divino, adelantóse con paso resuelto al altar una bella jóven vestida de honestísimo aunque ostentoso traje, en que brillaban con profusion las más ricas pedrerías, y postrándose ante el prelado, le pidió humildemente la vistiese en vez de aquellas galas profanas, que abandonaba para siempre, el humilde traje de las hijas de Benito. Los asistentes reconocieron con sorpresa á la sin par Gontroda, que consagrara toda su fortuna á la erección de aquel asilo, en que debía pasar en la oración y la penitencia lo restante de su vida. Arrojó, pues, con desdén al pavimento las preseas que la ornaban, despojóse de la rica túnica exterior que la envolvía, y ciñóle el obispo la negra cogulla. Cojía ya de manos de un presbítero las tigeras de plata para cortar la luenga y dorada cabellera de la noble dama, cuando un extraño rumor que se dejó sentir, interrumpió la solemne ceremonia. La multitud, apartándose á uno y otro lado, dejó paso á un caballero completamente armado, que conducía por la mano una tierna cuanto bellísima niña y al que seguían otros varios caballeros. Era el mismo Emperador, que sin curarse de lo sagrado del lugar, ni de la concurrencia que lo llenaba, gritó:—Detente, Gontroda; no ceñirá el velo tu frente sino la corona de Emperatriz. Ya es muerta Berenguela y yo te demando tu mano, en muestra de perdón.

—¡Dios mio!--murmuró Gontroda con voz casi imperceptible, alzando al cielo sus ojos;—¡ahora sí que puedo ofrecerte un inmenso sacrificio, en expiación de mi culpa!....—Y prestó en manos del obispo el terrible juramento que la apartaba del mundo para siempre. Alzóse, pues, con ademan digno y tranquilo, y contestó á su antiguo amante:—Soy esposa de Cristo.—Alfonso cayó inerte como herido de un rayo y solo al cabo de algunos minutos logró reponerse de tan fuerte emoción para alzar en sus

(1) La carta de fundación del monasterio de la Vega de Oviedo data del año 1153, en que el Emperador le tomó bajo su protección y le dotó con largueza.

brazos á la niña, que á su lado estaba, diciendo en alta y conmovida voz á los circunstantes: —Ved á mi hija, la infanta Urraca, Reina de Astúrias.

Largos años sobrevivió Gontroda á su piadosa abnegacion, y sus heroicas virtudes inspiraron á sus contemporáneos este atrevido pensamiento que consignaron en el epitáfio de su sepulcro: *la muerte, que iguala á todos los humanos, debió hacer una escepcion en favor de Gontroda, por ser la más bella y la más digna de las mujeres* (1).

A BILBAO.

Salutacion.

¡Salve! ¡hermosa ciudad!... noble matrona
Que cual blanca paloma
Recostada en un manto de verdura,
Apareces galana,
Espléndida y lozana,
Rica en prosperidad, rica en cultura.

Gloria á la villa invicta, á la preciosa
Sultana poderosa,
La joya de riquísimos colores,
Maravilla preciada,
De aroma engalanada,
Y de eterno verdor y eternas flores.

¡Honor á tu renombre!.. Tú eres bella,
Y tu frente destella
Los magníficos timbres de tu gloria;
Honor á la invencible,
Que en la lucha terrible
Tan alto puesto conquistó en la historia.

A tí mi débil voz, de emocion llena,
En ronca cantilena
Saluda con amor en este día,

(1) Léense estos versos en el sepulcro de Gontroda:
*Heu mors equa nimis, nec cuiquam parcere docta!
Si minus equa fores, poteris magis equa videri
Gontrodem reliquis, meritis distantibus equas:
et nimis equa nocet, perimis cui parcere debes.
Nec tamen ipsa perit, sed te mediante revivit.
Spes, decus et speculum, generis, patriæ, mulierum,
Excessit meritis hominem, mundumque relinquens,
Mundo passa mori, vitam sibi morte paravit.
Sex quater et mille dant eram C geminato,*

Porque eres, noble villa,
Del trono de Castilla
Poderoso florón de gran valía.

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

Bilbao, agosto de 1863.

MAGDALENA.

(Conclusion.)

—¡Por vida mia! Sobrino mio,—dijo el marqués igualmente indignado del profundo egoismo de la jóven y de la inesplicable debilidad de sus parientes,—no encuentro expresiones bastante fuertes para vituperar esta resolucion, y empiezo á creer, como tú, que la fortuna por sí sola no constituye la felicidad. Tú serás mucho más dichoso con tus 12,000 francos de renta y una mujer de corazón, que con Mlle. Mercier y toda su riqueza. Si quieres partir inmediatamente te acompaño á París.

La partida de MM. de Lalande llegó inmediatamente á la noticia de los habitantes del castillo; Magdalena esperimentó un despecho que difícilmente podia disimular.

V.

Mientras llegaba la hora señalada para la partida, quiso Julian ir á despedirse de la ciega.

No encontrando á nadie en el jardín se dirigió hácia el cuerpo de la habitacion, compuesto de muchas piezas ruinosas como todo lo concerniente á esta morada. Luisa le recibió con aire triste y lo condujo al cuarto de la ciega, á quien halló sumerjida en el fondo de un sofá usado.

—¿Quién anda ahí?—preguntó con débil voz.

—M. Julian,—contestó Luisa.

—Acercaos, amigo mio,—replicó la anciana.—Soy doblemente feliz de veros hoy, porque quién sabe si mañana existirá. Conozco que me muero.

—Pero, señora, es necesario llamar al médico.

—¿Para qué? La ciencia nada puede contra mi mal, me voy estinguendo insensiblemente

como una lámpara sin aceite; así, pues, escuchadme, puesto que todavía es tiempo. Tengo que revelaros cosas grandes. Luisa, hija mía, déjanos.

—Caballero,—continuó así que desapareció Luisa,—os suplico corrais el cerrojo á la puerta con el objeto de que nadie pueda sorprendernos ni aun esta misma muchacha que acaba de salir.

El conde obedeció sumamente admirado de los misterios de la ciega.

—Ahora,—prosiguió ella,—tened la bondad de prestarme vuestro brazo y conducidme al lado derecho de la chimenea.

Al llegar la pobre anciana al lugar designado pareció que momentáneamente recuperaba alguna fuerza, porque se mantuvo de pie y casi sin vacilar.

Entonces empezó á palpar la pared con sus descarnados dedos.

—Ya está aquí,—esclamó dando un pequeño grito.

Apoyóse sobre un resorte, haciendo girar parte del muro que, al abrirse, dejó ver un vasto armario á los admirados ojos de Julian. Allí había una docena de magníficos vestidos en forma de funda, segun las modas del Imperio, y algunas cachemiras de elevado precio.

—¿Veis estos trajes enriquecidos de lujosos encajes, estos chales mandados traer de la India á favor de grandes estipendios?—continuó la ciega; —pues son los regalos con que en otro tiempo me abrumaba mi difunto esposo. Os suplico retireis todo esto y cubrais con ello los muebles de mi cuarto.

Luego que Julian, dudando si soñaba, hubo desempeñado esta comision, la anciana se deslizó sola en el armario.

—Encended una bujía de las que hay sobre la chimenea,—dijo ella; —porque es necesario que veais.

La ciega halló otro resorte y descubrió una puerta que daba sobre una escalera de algunos peldaños.

—Quereis tener la amabilidad de ayudarme á bajar;—dijo ella al jóven.

Los dos se hallaron al instante en el fondo de una pequeña concavidad, que no tenía más

luz que la que recibía por la entrada secreta que acababan de salvar.

El rostro de la ciega estaba animado al decir á su compañero con voz temblorosa:

—¿Cuán feliz sois en poseer ojos que no se hallan privados de luz como los míos! Mirad.

Al mismo tiempo quitó la tapadera de una caja bastante ancha, en la cual vió brillar Julian piezas de oro, de perlas y diamantes. El jóven se creía juguete de un sueño, pero su compañera acababa de caer sobre una silla diciéndole con exaltacion:

—Hará como cosa de medio siglo me quedé viuda; me hallé sola, sin un hijo, sin un amigo. Vi huir de mí á todo el mundo cual si estuvieseapestada, bajo el pretexto de que mi marido, hombre entregado enteramente á sus pesquisas científicas por el bien de la humanidad, era un demonio, un brujo. ¡Imbéciles!

No pudiendo, pues, amar á nadie, me entregué á una pasion que me consoló de la ingratitud de mis semejantes, la pasion del oro.

Convertí mi fortuna en brillantes y monedas, no reservándome para vivir sino lo estrictamente necesario. Coloqué las monedas en esta caja con las perlas y diamantes de mis adornos; los oculté en este sitio que hice tapiar, y era el mismo donde mi pobre marido habia tenido sus hornos y sus alambiques. Pasaba mis días enteros y á veces parte de la noche en contarlos y en recrear la vista. ¿Y acaso habia tanto mal en esto, puesto que los hombres se mostraban crueles para mí, no queriendo deponer su injusto odio, y que mi placer al ver el oro me hacía olvidar todo lo demás? Hoy, amigo mio, — continuó cambiando súbitamente de tono y volviéndose hácia Julian, como si pudiese verle,—hoy que me siento al borde de la tumba, reconozco que la Providencia me castigó justamente, privándome de la vista. Debí perdonar y volver bien por mal; debí hacer uso de mis riquezas en bien de la humanidad, en vez de dejarlas infecundas en el fondo de un arca. ¡Dios tenga piedad de mí!.. Subamos,—concluyó por fin.

Una vez ya en la habitacion de la anciana, y despues que el jóven, segun su deseo, hubo colocado todas sus cosas de manera que no dejasen indicio de su escursion, Mme. Poliat

sentada nuevamente en su sofá, rogó á Julian que se acercase.

—Mi jóven amigo,—le dijo por lo bajo;—hay 100,000 francos en oro en la caja é igual suma en diamantes y perlas; todo será vuestro si consentís en casaros con Magdalena.

No habia concluido de decir esto, cuando Luisa llamó vivamente á la puerta exclamando:

—¡Mirad que turba de señoras y caballeros en el jardin!

—¡Qué es lo que sucede, Dios mio!

Julian salió precipitadamente, y la primera persona que se ofreció á su vista fué Mr. Mercier, pálido y con los ojos estraviados:—¡Hija mia!.. hija mia... morir,—exclamó.

Al mismo tiempo Julian apercibió á monsieur Monot, llevando en sus brazos á Magdalena desmayada.

—¿Qué tiene vuestra hija?—preguntó Julian á Mr. Mercier.

—¡Está perdida!—dijo sollozando el desventurado padre.—Una víbora acaba de morderle una pierna.

—¡Una víbora!—exclamó de repente un acento de mujer que apareció á la entrada del jardin.

Era Mlle. Bonneville.

—Corre en seguida á Nesles en busca de un médico,—dijo á su hermano que la acompañaba.—Dejadme hacer,—prosiguió apartando con autoridad á los que rodeaban á Mlle. Mercier, acostada sobre un banco.

Y con extrema prontitud desató la pequeña botina de la jóven, le quitó igualmente la fina media y descubrió la mordedura de la víbora.

Entonces esta caritativa criatura se puso á chupar la llaga, que presentaba un punto violado ya por el veneno.

VI.

Magdalena que queria probar á los huéspedes del castillo cuán indiferente le era la ruptura de su matrimonio, habia organizado una partida de paseo, y venia corriendo á lo largo del camino á pesar de las prescripciones de su tia, recomendándola no dejase la via señalada en medio de los árboles. En el mo-

mento en que jugando con Leontina se ocultaba detrás de unos matorrales, la oyeron exhalar un agudo grito.

Corrieron hácia ella y apercibieron el terrible reptil que acababa de enroscarse alrededor de la pierna. Esto sucedia á corta distancia del pabellon. Magdalena, desmayada tanto de terror como por el dolor tan penetrante que experimentaba, fué trasportada al jardin de Mme. Poliuti.

La víbora es uno de los reptiles peligrosos que produce el suelo de Francia, siendo mortal su picadura, por poco que se tarde en contrarestar sus venenosos efectos.

Ni Mr. Mercier, ni Mme. Louvet, locos de dolor, ni ninguno de los acompañantes conservaban la sangre fria tan necesaria en una circunstancia que tanto lo exijía; además, para procurarse un médico necesitaba trascurrir cerca de una hora, tiempo suficiente para que el veneno se inoculase en la carne. Mlle. Mercier estaba perdida sin remedio, sin la llegada providencial de Mlle. Bonneville.

La caritativa jóven de nada se ocupaba, sino de volver á la vida una existencia amenazada de extinguirse en breves horas. Su acto de abnegacion habia sido tan espontáneo, que los testigos de esta escena, conmovidos, admirados, parecian no comprender siquiera el remedio empleado por ella.

Julian contemplaba combatido por diversas sensaciones, el grupo formado por las dos heroínas de este espectáculo. Sentia volar su alma hácia la que con tanta abnegación aliviaba á Mlle. Mercier.

Mme. Poliuti apoyada en el brazo de Luisa, vino á reunirse con la sociedad que habia invadido su jardin. Mas en este instante estaba la atencion general demasiado fija sobre la enferma, y en la que procuraba volverla á la vida, para que nadie pensará en ocuparse de los habitantes del pabellon.

Sin embargo, Julian oyó á la ciega que dirigiéndose á su compañera, la preguntó:

—¿Qué significa eso?

—Una hermosa jóven rodeada de muchas personas,—contestó Luisa.—Parece está muy enferma, y Mlle. Magdalena es quien trata de aliviarla.

Julian comprendió, en fin, el misterio que tanto procuraba adivinar: era Magdalena Bonneville y no Magdalena Mercier, la que diariamente venía á traer á la ciega los consuelos de la amistad.

En aquel momento, Alfredo Bonneville, sin aliento y cubierto de sudor por la fabulosa carrera que acababa de dar, aparecía en la verja del jardín, trayendo consigo al médico de Nesles.

El doctor se aproximó á la enferma, que aún no había recobrado el conocimiento. Mlle. Bonneville le cedió su lugar.

—Calmaos,—dijo á los parientes consternados de Magdalena Mercier,—el medio empleado por esta señora (dijo designando á Mlle. Bonneville) es el mejor que podía adoptarse mientras se me esperaba, el cual creo sea suficiente para salvar á la enferma.

Luego, mirando con interés á Mlle. Bonneville:

—Decidme al instante,—la preguntó,—si no os habeis hecho ninguna grieta en los labios en tanto que chupábais el veneno de esta llaga?

—No, señor; ninguna.

—Entonces,—replicó,—puedo tranquilizaros igualmente; nada malo os sucederá.

A todo esto la enferma todavía no había recobrado el conocimiento. Sus emociones de por la mañana, unidas á la terrible sensación que había experimentado á la vista del reptil, eran la causa de este prolongado desmayo.

Así es que el padre y la tía de la enferma, constantemente preocupados con la idea de la desgracia ocurrida á esta querida niña, á quien temían perder, todavía no habían pensado en ofrecer la expresión de su gratitud á mademoiselle Bonneville.

El médico se ocupó, desde luego, en cauterizar la llaga, vertiendo en seguida sobre ella algunas gotas de álcali: concluida esta operación trató de devolver á la enferma el sentimiento de la existencia. Así que abrió los ojos, su padre y tía exhalaban una exclamación de alegría, manifestándole al mismo tiempo todo su cariño.

Al instante la hicieron trasportar al castillo de Feuillees, á donde la siguió el médico.

Cuando, por fin, su padre y su tía pensaron en expresar su gratitud á la que había salvado

á Magdalena, aquella había desaparecido, ausentándose con su hermano así que adquirieron la certidumbre de que Mlle. Mercier no corría ningún peligro.

El marqués y su sobrino partieron aquella misma tarde.

A su llegada á París, el conde de Lalande, según se había propuesto, se apresuró á escribir á Mr. Alfredo Bonneville, ofreciéndole los 400,000 francos que Mme. Louvet había rehusado prestarle.

Julian recibió una respuesta en la que el futuro notario le daba las gracias, manifestándole toda su gratitud.

—«Mi querida hermana,—decía,—acaba de heredar inesperadamente. Mme. Poliuti ha muerto, instituyéndola su universal heredera. Mi hermana, que ya se ha despojado por mí de casi todo lo que poseía, reclama todavía, según dice, el derecho de proveerme de esta suma.»

—Mlle. Bonneville es un ángel,—pensó entre sí el conde de Lalande,—y el que tenga la dicha de poseerla será sumamente feliz.

Poco tiempo después el marqués de Lalande solicitaba para su sobrino la mano de Mlle. Bonneville, que le fué concedida.

Así á pesar de sus 30 años, sin más belleza que la expresión encantadora de su rostro, y privada de su fortuna, que momentáneamente había cedido á su hermano, triunfaba sin embargo, sobre una joven rica y bella.

Hé aquí el poder del corazón.

Este poder de Mlle. Bonneville, una vez condesa de Lalande, alcanzó una victoria aun mayor.

Magdalena Mercier, al saber la debía la vida, exclamó:

—En adelante le disputaré sus triunfos de otro modo, y si no puedo sobrepujarla en bondad, sabré al menos imitarla.

Todavía hablaba en ella el orgullo, mas ahora era un orgullo laudable.

Magdalena Mercier tenía una voluntad que no se doblegaba fácilmente.

Esta clase de naturalezas son muchas veces tan susceptibles de buenas cualidades como de grandes defectos.

Mlle. Mercier es ahora la amiga de madame

Lalande, y la dulce intimidad de la condesa es cada día mejor.

Se habla de un matrimonio entre ella y Mr. Alfredo Bonneville, que hoy día es un notario distinguido.

JOAQUINA DE CARNICERO.

Traducido del francés.

A SEVILLA.

SONETO.

De la andaluza tierra soberana,
Madre fecunda de varones claros,
Codicia de los céfiros avaros
Que se perfuman en tu vega llana.

A la que ornó la industria musulmana
Con los prodigios de las artes raros,
Que en productos magníficos de Paros
Ciñes con presuncion la frente vana:

Mi Sevilla imperial; si la armonía
De mi cantar y mi laud sonoro
Lleva el vuelo hasta tí del aura fría,

Sabe que ausente tu recuerdo adoro
Y que para tí canto, pátria mia,
En la ribera triste donde lloro.

ELENA G. DE AVELLANEDA.

ESPLICACION DEL FIGURIN.

1.^a figura. Vestido de glase, color gris claro, ribeteado de terciopelo verde, forma ondas en el bajo de la falda. Chaleco de tafetán verde, cerrado con botones de plata. Casaca postillon con aldeta atrás, muy abierta por delante y abrochada en medio del pecho por un artístico broche. Manga estrecha con jockeys ondeados y terminadas en el puño por un ligero encaje encañonado. Cuello y mangas de encaje. Adorno de blonda negro y cinta rosa.

2.^a figura. Vestido de faye, color de pensamiento, guarnecido de un volante encañonado de quince centímetros, encima de este vá un gran fleco de felpilla. Cuerpo de punta. Mangas ajustadas, adornadas de una pasamanería que baja desde el hombro en forma de charretera, repitiéndose el mismo adorno en

el puño. Cuello y mangas bordadas. Adorno de encaje negro y rosas amarillas.

MÁXIMAS Y PENSAMIENTOS.

Un jornalero que desatiende sus tareas y no busca el pan á su familia, es peor que el lobo y el tigre; pues estos se esponen á las balas de los hombres, por llevar alimento á sus hijuelos.

Si todas las mujeres procurasen tener las propiedades de la violeta, ni aun despues de morir se extinguiría su perfume.

No hay duda que existen almas gemelas; pero tambien es cierto, que no están destinadas á reunirse en el mundo.

Un tálamo sin amor, es el sepulcro de dos corazones.

Menos criminales hubiera, si al castigar estos no se dejára á sus desventurados hijos abandonados á su suerte.

ROGELIA LEON.

ADVERTENCIA.

Con este número recibirán los señores suscritores los dos pedazos restantes de la pantalla. Tambien en lo que resta de año y primeros días del próximo, repartiremos el regalo de Pascuas que consiste en un tomito de leyendas históricas titulado ECOS DE GLORIA, original de nuestra directora. Los señores que estén suscritos solamente desde 1.^o de diciembre, deben renovar por dos meses más, de lo contrario no tendrán opcion á este regalo.

Por todo lo no firmado,

La Directora, FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

Editor propietario.—VALENTIN MELGAR.

MADRID: 1863.—Imprenta de MANUEL DE ROJAS, Preli de los Consejos, 3, principal.